

Ser docente. Y el suceso que mejoro y cambio mi vida

María Elena Hurtado Rodríguez

Licenciado en educación. Estudiante de la Maestría en Procesos Innovadores en el Aprendizaje. Docente en la Preparatoria Regional de Tepatitlán, Jalisco. elena.hurtado@cualtos.udg.mx

“Dar a conocer mi historia de cómo llegue a ser docente, y como es que a veces algo obligado, puede hacerte resurgir, transformarte. Y si lo disfrutas, te cambia la vida”.

A veces nos pasamos mucho tiempo pensando. ¿Cuál será mi propósito en esta vida? Sin darnos cuenta, estamos desarrollándolo día a día. Y que afortunados somos los que tenemos la dicha de ser docentes. Porque en nuestro diario vivir, vamos dejando un poquito de nosotros en cada uno de nuestros estudiantes, pero ellos dejan mucho de ellos en nosotros.

Hoy quiero dar a conocer. Cómo es que cada día voy construyendo mi historia. Conformada de piezas de un rompecabezas. Esas sorprendentes piezas que son “cada uno de mis estudiantes”.

Inicié a impartir clases siendo estudiante de licenciatura en contaduría pública de tercer semestre, allá por agosto de 1997.

Dicen que “cuando las cosas son para ti llegan solas”. Y así fue con mi hermosa carrera como docente.

Estudiaba en el turno matutino y en el turno vespertino laboraba como secretaria de la Preparatoria Regional de Tepatitlán, Jalisco.

Al inicio del calendario 97B, al director de esta escuela le hicieron falta docentes. Él me pidió que le ayudara impartiendo las asignaturas de lengua española. El semestre estaba casi a punto de iniciar y no había maestros.

¿Cómo lo haría? Yo no tenía ni la más mínima idea de cómo se impartía una clase.

Él me dijo: te diré cómo le vas a hacer. Sacó un manual grande donde venían varios consejos acerca de cómo estar frente a un grupo, cómo dirigirse hacia los alumnos. Me dijo –vas a leer esto– y me llevó con uno de los maestros y le pidió me asesora porque iba a iniciar a dar clases.

Ahora sé que les debo a ellos ser docente. Y que una parte de su recuerdo está conmigo cada día cuando entro al aula de clases.

Lunes a las 7:00 de la mañana, en el aula núm. 2 de la Preparatoria ya mencionada. Ahí estaba yo frente a un grupo de 45 jóvenes, casi de mi edad. Llegué y me presenté esperando que no notarían que los nervios me comían. Todo resultó muy bien ese primer día. Y yo me sentí feliz.

Había iniciado una nueva etapa en mi vida. Recordé a aquellos maestros que, en mi época de estudiante de prepa, habían logrado ayudarme a aprender sobre esas materias, que hasta la fecha aún recuerdo los temas estudiados.

De aquellos maestros que tanto admiré tomaría lo que me gustó. Ahora estaba replicando su forma de actuar frente a un grupo.

Cada que terminaba una sesión de clases podía darme cuenta de qué y cuánto habían aprendido los jóvenes. Después de cada sesión me llevaba un nuevo propósito, lograr que los que menos habían aprendido, aprendieran más en la próxima sesión. Aquellos que eran inquietos, lograr que se entusiasmarán por el tema de la clase. Y al final de la clase, de nuevo venían esos momentos, en los que me sentía muy orgullosa.

Los consejos de mi director y del profesor que me ayudaba a preparar mis temas, ayudaron para ser una maestra de carácter serio. Eso ayudaba a mantener el orden en el aula.

Al término de cada ciclo escolar había capacitación sobre formación docente. Esto era un regalo extra para mí. Y así, poco a poco fui aprendiendo sobre la docencia. No obstante, de la forma tradicional.

Inicié impartiendo clases de español I y II, fue maravilloso, adquirí muchos conocimientos. Resultó que no fui yo quien le ayudó al director, al aceptar dar clases; si no él a mí, al impartir estas clases.

Lo que aprendí no sólo me sirvió para la clase, forma parte de mí, de la persona que hoy soy, es para toda la vida.

Al preparar los temas que día a día debería impartir investigaba con mucho esmero y cuidaba el más pequeño detalle, buscaba resolver hasta la más mínima duda que encontrara. Imaginando que, si alguno de los chicos me preguntara, poder tener la respuesta correcta.

Después de 2 años, ya dominaba los temas de estas materias. Pero en la preparatoria cambiaron al director. El que llegó decidió cambiarme la asignatura. Acostumbrada a la anterior, me molesté un poco, porque de nuevo tenía que investigar tema por tema.

Poco después le vi el lado bueno, puesto que yo continuaba aprendiendo. En ese momento sobre temas de Educación física y nutrición. Al igual que en las materias anteriores, resultó que, la que más se beneficiada era yo gracias a los aprendizajes adquiridos.

Así continué hasta el próximo cambio de administración. Una vez que llegó otro director, me asignan una materia que tendría que ver con mi formación profesional, la TAE (Trayectoria de Aprendizaje Especializante) en Procesos Contables. Para este entonces yo ya había terminado la carrera. Ya era licenciada en Contaduría Pública. En cuanto a los temas de esta asignatura, todos conocidos por mí. Pero no era una asignatura muy atractiva para los estudiantes, además de ser de elección opcional.

Mi nuevo desafío, lograr hacer atractiva esta asignatura y que cada vez más jóvenes la eligieran.

Pero, no era todo lo que buscaba. Yo quería ser una maestra de esas que dejan huella, una de las que te cambian la vida.

El suceso que me cambio la vida

La pandemia azotó el mundo entero y nos obligaron a encerrarnos en nuestros hogares. Un nuevo reto, “impartir clases en línea”.

En nuestra institución nos obligaron a tomar un par de cursos rápidos, uno sobre *classroom*, para evidenciar que estábamos impartiendo clases. Y otro sobre uso de la tecnología.

¿Cuál sería el resultado de esto? Al implementar metodologías ligadas con el uso de las TIC (Tecnologías de la Comunicación y la información), pude observar que los alumnos realizaban todas las actividades. Al final de ese semestre y el siguiente, que continuo la pandemia, hice uso de las TIC, así como de que aquellas nuevas ideas que implementé para captar la atención y el interés de mis estudiantes y sin importar quien estuviera detrás de su dispositivo móvil o computadora.

Al realizar mis informes de fin de semestre me di cuenta de cómo las calificaciones obtenidas habían mejorado casi en un 90%. Evidencia de que había mejorado el aprendizaje de mis estudiantes.

En encuestas que se realizan al final de cada semestre de forma aleatoria, por parte de la dirección se evidenció que mis clases fueron más divertidas.

Y en el siguiente ciclo escolar, se habían anotado más estudiantes a mi clase.

Innovación, el idioma que hablan los jóvenes de hoy

Utilizar nuevas metodologías dio como resultado que más alumnos se inscribieran en mi clase. Me motivó y entendí que debería inscribirme en cursos de innovación y me propuse capacitarme como docente. Ya no de forma obligada sino por convicción propia, buscar nuevas ideas, nuevas formas de enseñar, nuevos métodos y nuevos procesos para impartir mis clases y lograr mejores aprendizajes, principalmente para “hablar el idioma de los jóvenes” en la clase.

Hoy en día están inmersos en la Tecnología. Así que ese era mi propósito, estudiarla y de igual forma lograr combinar tecnología con el aprendizaje.

Observé que a los jóvenes les gusta hacer uso de las redes sociales y de sus dispositivos móviles.

Me dije, debo buscar la forma de cómo puedan utilizar estos medios para lograr un mejor aprendizaje.

Mi ingreso a la maestría y lo que va resultando

Había escuchado sobre una maestría del Centro Universitario de los Altos con relación a la docencia.

Investigué y supe que me podía ayudar. Decidí ingresar a la “Maestría en Procesos Innovadores en el Aprendizaje”.

Dicen que “las cosas que son para ti, aunque te quites”. Se te dan. Así ha sido para mí esta maestría.

Faltaba sólo un día para que cerrará el proceso de inscripción, realicé los trámites y reuní los requisitos solicitados de forma rápida.

Ha sido difícil estudiar la maestría y trabajar, pero puedo decir que cada hora de sacrificio y cada desvelo para realizar las tareas, ha valido la pena. Ahora sé sobre temas de educación, aprendizaje, metodologías innovadoras, atractivas, activas, etcétera.

Sigo mejorado en la forma de preparar mis clases, dándole relación a los temas y la vida real en su entorno. Buscando que sepan dar solución a problemas de la vida real.

La relación con mis estudiantes es más amena y divertida, son más participativos. Su aprovechamiento ha mejorado considerablemente.

Estoy por poner en marcha el “Aprendizaje Servicio” (metodología innovadora), con aprendizaje activo, constructivista. En la que los jóvenes aprenden haciendo. Se trata de dar un servicio a los empresarios de su ciudad, poniendo en práctica lo aprendido con anterioridad. Y buscar el desarrollo de nuevas competencias.

Mi reflexión

Realizar un curso obligado, me cambió. Ver lo divertido y hermoso que es el trabajo de la docencia.

Si bien dicen que “la pandemia nos cambió la vida”. Es verdad, para mí fue el punto de partida para mejorar, actualizarme y divertirme al impartir clases. Hacer clases de forma atractiva e interesante.

En ocasiones eso que vemos como obligación es sólo una sacudida para ayudarnos a salir del confort. Obligarnos a trabajar de nuevas formas, con ideas novedosas y sugerentes.